

*Telépolis, ciudad abierta*¹

ANDONI ALONSO PUELLES
IÑAKI ARZOR KARASUSAN*

Introducción

Para que el espacio telemático ilimitado pueda ser una realidad abierta y no otra forma de opresión, hay que recomponer antes la estructura física de la ciudad

Oriol Bohigas

Todo el mundo acepta que la informática es la gran revolución, quizá la tercera revolución industrial, de nuestro tiempo. En el mismo orden de cosas hay que decir que la década de los noventa pasará a la historia de la tecnología como la época que alumbró e impulsó la posibilidad de las telecomunicaciones sin fronteras, de la sociedad sin barreras en el flujo libre y general de información. Eso es lo que básicamente se encierra bajo la expresión cada vez más usual de «autopista de la información». Curiosamente dicha expresión no fue acuñada ni por técnicos, ni por periodistas, ni tampoco por algún experto en comunicación, sino por el político visionario Al Gore —vicepresidente del mandato Clinton—. Entusiasta de las posibilidades que entreveía en esta tecnología, ha lanzado a los cuatro vientos la necesidad de construir cuanto antes lo que él considera como el camino del futuro. Una vez aceptada y puesta en circulación la expresión «autopistas de la información» por los diversos canales de información de masas, a estas alturas de la década, ya ha corrido como la pólvora y forma parte del acervo político-económico general para definir un todavía etéreo ente, al que todos coinciden en suponer un enorme potencial de desarrollo económico. Comienza a tomarse en cuenta también como piedra de toque, para diferenciar en el futuro, el crecimiento de cada país. De ahí que se le dediquen ingentes cantidades de recursos económicos, que merezca una atención generalizada por parte fundamentalmente de políticos, como es el caso de la Comunidad Europea, pero al mismo tiempo de las grandes corporaciones del mercado informático y de las comunicaciones (sintomáticas son las reuniones de grandes corporaciones informáticas para encontrar la «killer application», la aplicación reina de las futuras redes). Y, finalmente, igual que ha ocurrido con la realidad virtual, las autopistas de la información se han transformado en una expresión de cómo entendemos y planificamos la sociedad de finales del siglo XX, antes que la denominación de una serie concreta de sistemas tecnológicos implantados en ella. En pocas palabras, las autopistas de la información son el sueño de la comunicación total. A pesar de lo rudimentario de su implantación, y de la fuerte impredecibilidad que tendrá su configuración final, el cúmulo de cuestiones que aglutina esta propuesta tecnológica es considerable en cuanto a

* Dirección: Apdo. de Correos 233. Pamplona.

¹ Javier Echeverría, *Telépolis*, Ediciones Destino, Col. Ensayos, nº 17, Barcelona, 1994

la extensión y profundidad de su influencia en la sociedad. Por un lado tenemos un poderoso «motor» económico en ciernes, el ya tópico «tren del progreso», y por otro una paulatina redefinición de aspectos sociales básicos como son el trabajo, las relaciones entre los ciudadanos, las relaciones entre países, el poder político, etc. Esto implica un cambio radical que no se producirá de inmediato en los próximos años, sino que ya ha empezado a ocurrir y que tomará un rumbo insospechado en el futuro. Esta es, ni más ni menos, la ya repetidamente anunciada «tercera revolución industrial», una revolución que cambiará —ha cambiado— aspectos básicos de nuestra vida como el hogar, las relaciones personales, e incluso nuestra percepción de la realidad.

Por otro lado, pensar esta nueva modalidad de flujo de información como la emergencia de una nueva realidad tanto social como tecnológica, al margen de lo que ya ha ocurrido y ocurre ahora mismo es un error: gran parte del cambio, por muy novedosa que suene la expresión de Al Gore, es resultado de procesos anteriores, sólo que ahora adquiere una dimensión gigantesca. Enfrentarse a un análisis de esta cuestión, evitando los lugares comunes o los errores evidentes supone todo un reto. Una propuesta crítica de alcance social sobre este tema se revela inevitablemente como un ejercicio de gran dificultad, dada la complejidad de los procesos que se ven implicados y la rapidez de su evolución, lo cual hace todavía más difícil su análisis. En un sentido, los trabajos sobre esta cuestión se dividen en dos grandes grupos: estudios técnicos o estudios críticos. A su vez, los enfoques suelen ser de dos tipos: catastrofistas o entusiastas ante la nueva realidad emergente del desarrollo tecnológico. Es útil recordar la ya vieja división propuesta por Umberto Eco, justamente respecto a la crítica de la cultura de masas: apocalípticos (catastrofistas) o integrados (entusiastas) y también resulta provechoso recordar su recomendación de encontrar un término medio entre esos dos polos (si esto es realmente posible, ya que parecería que siempre nos inclinamos indefectiblemente hacia uno de ellos; o al menos así lo juzgan preferentemente los apocalípticos). Sin embargo, ninguna de estas dos actitudes sirve realmente para comprender y enfrentarse a un sistema tecnológico que de hecho se ha de implantar independientemente de nuestros deseos; los apocalípticos no ofrecen armas para manejar el futuro y los integrados ni siquiera se proponen la crítica como objetivo, obviando las dificultades reales que aparecen en este proceso. El reto consiste así pues, en encontrar herramientas conceptuales que permitan manejar la situación que se está consolidando, sin caer en esos dos extremos estériles. El libro que analizaremos, en cambio, consigue a nuestro entender, ese difícil término medio, y su autor, Javier Echeverría encuentra y sabe mantener ese equilibrio.

Javier Echeverría combina diversas facetas en su trabajo intelectual. Catedrático en Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad del País Vasco, posee una amplia formación tanto científica —matemáticas— como humanística —filosofía—, de la que ha resultado un variado y rico conjunto de obras. Gran conocedor de Leibniz, ha preparado varias ediciones españolas de este filósofo. Entre sus trabajos de corte más científico destacan los que ha realizado sobre filosofía de la ciencia como por ejemplo *Space of Mathematics*, o *Introducción a la Metodología de las Ciencias*. Otras obras que podrían catalogarse en otro apartado sería su *Análisis de la Identidad y Sobre el Juego*. En diversos artículos se detecta con más facilidad una cualidad poco frecuente en los trabajos académicos: la preocupación por el empleo de recursos literarios que conforman incluso la estructura del texto. Por ejemplo esta cualidad se hace presente en el artículo *Leibniz, el dios más barroco posible* (conferencias del Círculo de Bellas Artes sobre el Barroco, 1990, y publicado en los *Cuadernos del Círculo*, Madrid 1992) en el que el artículo combina por un lado el contenido específico —la noción leibniziana de dios—, con el propio tiempo de la acción de su lectura —como una filosofía-literatura de segundo grado—, comparable así a los recursos de

Borges. Podríamos decir a grandes rasgos que combina los estudios especializados junto a reflexiones más generales, de la que *Telépolis* sería una muestra. Es claro que existe una articulación entre las diferentes facetas de su obra, que aparece como una síntesis de gran solidez. De esta forma, una teoría largamente gestada como es la de los «nombres propios», forma parte de modo crucial en el desarrollo del libro que estamos tratando, del mismo modo que la concepción de los individuos y sus relaciones se puede entender como proveniente de la filosofía leibniziana (en concreto de la noción de mónada). En otro orden de cosas, merece la pena destacar que *Telépolis* significa el reto de dar una proyección pública al pensamiento filosófico, establecer una serie de interrogantes e inquietudes de claro interés social, cosa que, general y desafortunadamente, no se considera en nuestra época de demasiado interés académico (sobre todo entre los «profesionales» de la filosofía), aunque, por otro lado, ésta ha sido realmente una de las finalidades tradicionales de la filosofía.

Telépolis

Telépolis es un ensayo en sentido pleno de la palabra; esto es, su lectura forma un todo congruente en el que se defienden una serie de tesis y hay unas claras propuestas para el lector (por otro lado, no se ve interrumpida por fatigosas notas a pie de página, pues en las que existen, se amplía la discusión mantenida en el texto central) y el aparato crítico al uso no se ha incluido. El autor explica que su intención era escribir un ensayo introductorio a este amplio tema, no un tratado sociopolítico que sí hubiera requerido un abundante aparato crítico, y que su objetivo no es exactamente el ámbito académico, sino un ámbito más amplio. Aparte de estos matices e intenciones, estas decisiones estilísticas se traducen en propuestas y articulación de ideas de forma muy directa, y no se detiene en la usual y un tanto manida historiografía a la que se ven abocados la mayoría de los ensayos, y en especial los textos filosóficos. Muestra por lo tanto esa rara cualidad de agilidad y sugerencia propias de este género literario, con frecuencia tan maltratado en nuestro país. Dentro de este aspecto, hay que destacar la presencia de recursos literarios como la ironía, dentro de un estilo claro y sencillo, que sirve como vehículo para exponer con eficacia las ideas. El lector que demanda este libro no es por lo tanto un especialista en las materias concretas que se exponen, sino un lector inteligente y perspicaz que sepa confrontar el contenido del libro con la situación cotidiana en la que está sumergido. En cuanto al modo como está planteado el tema, hemos de señalar que, en nuestro país, no han aparecido hasta el momento ningún ejemplo, salvo algún libro de divulgación como los que publica regularmente la editorial Fundesco pero que no tienen la envergadura crítica que el de Echeverría indudablemente posee. Otra cosa bien diferente ocurre en el ámbito anglosajón e incluso el europeo, y tal vez no sería desacertado colocar este ensayo dentro de una amplia familia, entre los que incluiríamos a Paul Virilio o Jean Baudrillard, con enfoques diferentes al que nos ocupa, pero que guardan cierta similitud en cuanto a su deseo de orientar y precisar las cuestiones no desde un punto de vista meramente divulgativo o técnico, sino como una conceptualización crítica. No se trata tampoco, en líneas generales de una prognosis de futuro, sino de un estudio a la vez crítico y orientativo de esa nueva realidad que suponen las telecomunicaciones, dotando de criterios conceptuales para ello y definiendo núcleos de conflictos.

Si hiciéramos una clasificación de esta clase de ensayos —los dedicados a la crítica de la sociedad venidera—, podríamos colocar en los extremos a Alvin Toffler (*La tercera ola*, Plaza y Janés, 1993) y a W. Warren Wagar (*Breve historia del futuro*, Cátedra, 1991). Destacamos estos dos libros porque en ambos encontramos una serie de ideas comunes a *Telépolis*, entre las que se hallan la comunidad global (telecomunidad en Toffler y comunidad planetaria en Wagar) junto a la

apuesta por la multiplicidad cultural. El primero de estos libros es un ensayo de corte netamente norteamericano, de epígrafes cortos con ideas muy simplificadas, sin demasiadas concesiones retóricas, un tanto repetitivo y apoyado por una impresionante cantidad de datos de carácter muy heterogéneo (desde poemas de los trabajadores de *Matsuitsha Electric*s a teorías económicas clásicas como las de Adam Smith o David Ricardo, o conversaciones privadas con responsables políticos y empresariales). No hay una estructura clara en su libro, y su prognosis intenta abarcar todo el espectro social y económico, con lo que ello implica de riesgo. Por otro lado, su meta final es definir más bien un cambio de actitud, que explicaría el resto de los cambios sociales y económicos. Wagar, por el contrario, hace sentir su condición de historiador académico (profesor de la universidad del Estado de Nueva York), con una clara vocación literaria (su planteamiento consiste en realizar una historia— ficción del futuro, que sería la parte académica, e introduce documentos inventados como cartas de parientes, que correspondería a la ficción literaria), y con la conciencia clara de trabajar sobre la obvia indeterminación de la materia estudiada. Un profesor de la misma universidad, Immanuel Wallerstein clasifica el libro dentro de un especial género denominado la «historia del futuro», que no es ciencia-ficción, aunque la línea entre los dos sea tenue. Podríamos situar el libro de Echeverría cercano al extremo que representaría el libro de Wagar, pues, como hemos señalado antes, emplea elementos literarios en el texto (sobre todo la ficción de los documentos). Por otro lado, su análisis no es tan ambicioso como en los otros dos (bien porque no proyecta un campo tan extenso como el de Toffler, bien porque su prognosis de futuro se refiere a un tiempo mucho más inmediato que el de Wagar). En cierto sentido, la anticipación del tiempo que se hace en el libro se podría calificar como un futuro inmediato. Gran parte de lo que aparece en *Telépolis* ha aparecido ya, forma parte de nuestra sociedad actual, y, además, la anticipación no se ofrece de forma cerrada, sino como un conjunto de posibilidades que, como tales, están abiertas y dependen de las decisiones que se vayan tomando. No existe en el libro ese determinismo tecnológico que Ramón Zallo (El Mundo, 2-XII-1994) cree detectar. La oscilación entre utopía y distopía, los dos rumbos que puede tomar *Telépolis* están todavía presente, aunque prefiramos apostar por uno de ellos.

Telépolis se estructura en tres capítulos más un apéndice final (dedicado a la confrontación con la obra de MacLuhan). Sumariamente podemos resumirlos de esta manera: el primer capítulo define y explora la metáfora de la «polis» griega transformada en la actualidad en la «ciudad telepresente», que engloba el planeta entero. Se trata de una de las bases teóricas fundamentales del libro, pues no sólo permite un acceso al análisis de la nueva sociedad emergente, sino que además imprime una dirección concreta, una imagen, a dicho análisis. Esta metáfora sirve para redefinir los espacios que componen básicamente las nuevas metrópolis, adecuándolos a los términos de esa teleciudad: las funciones tradicionales que desempeñaban las plazas públicas, los barrios, las avenidas, las calles, etc., las cumplen ahora diversos sistemas tecnológicos que conforman el tejido de las telecomunicaciones actuales (televisión, correo electrónico, bases de datos, redes informáticas, telefonía, y fax), y aumentando su extensión al límite (toda la «superficie» del planeta se convierte en una parte del «terreno urbano», tanto si está de hecho urbanizada, o forma parte de un entorno urbanístico como un solar). La red que permite encontrar esa unidad metropolitana en la diversidad de territorios y naciones la constituyen fundamentalmente los medios de comunicación de masas que serían los diversos sistemas de telecomunicación «en funcionamiento». El espacio mediático se configura —se ha configurado ya— como el sistema de relación social por excelencia, que afecta a muy diversas facetas de la vida cotidiana. En este aspecto, hay que señalar esa nueva sensibilidad planetaria, la pertenencia a una globalidad territorial que se ha

ido extendiendo paulatinamente y que encuentra una fácil adhesión. Estos medios de comunicación, esa «ventana electrónica» que suponen las tecnologías de la comunicación causa una evidente alteración de la percepción del espacio, de los límites en los que se mueve el ser humano contemporáneo.

Como consecuencia, cambian los sistemas de relaciones entre los habitantes de la nueva ciudad que Echeverría examina en el segundo capítulo bajo el aspecto de la economía «telepolitana». La transformación del ocio en trabajo, nombres y números propios y el cuerpo como telemercancía, son nuevos conceptos que permiten comprender mejor esta nueva estructura económica. La estructura económica, basada en el dominio producción-consumo, sufre una fuerte transformación, constituyendo el ocio-consumo una nueva forma de trabajo: el «teletrabajo». Articulado con este «teletrabajo» aparece una nueva forma de circulación que se aglutina en torno a los «nombres propios» (sujetos dentro de los medios que tienen especial poder de atracción pública) que se convierten en una suerte de «condensador de capital». Esta es quizá la parte más novedosa del libro y es además un enfoque poco usual en trabajos similares, cuando debería ser una pieza clave de cualquier análisis de la cuestión. La ventaja de este análisis se encuentra en que «toca tierra», esto es, se centra en cuestiones cotidianas, de relaciones económicas básicas y no en el canto triunfalista de los potenciales económicos —propio de las corporaciones— que resucitan viejos mitos como el del progreso material indiscutido, asociado inmediatamente a la implantación de las nuevas tecnologías.

Una vez establecidos estos análisis que retratan una situación, el capítulo tercero se dedica a extraer una serie de consecuencias y análisis críticos de «Telépolis», en la medida en que ello es posible (ya que la sociedad telepolitana no ha acabado de consolidarse aún). Para enfrentarse a este aspecto de su libro, Echeverría sienta un principio básico para la valoración de las diferentes organizaciones sociales, y por ende de la de telépolis: la organización que integra en mayor grado la variedad y diferencia de sus individuos es superior a la que no permite tal cosa, obligando de este modo a una homogeneización de sus miembros. Este principio social y ético requiere una mayor explicitación, y más si quiere tomarse como criterio para las futuras actuaciones sobre la sociedad. Así hay que dar preeminencia al individuo frente al grupo por dos poderosas razones: el individuo tiene una mayor capacidad de diferenciación y las diferencias de grupo son generadas asimismo por el individuo. Ello lleva aparejada también la concreción de este derecho su articulación con otros como son la libre asociación, la libre elección y las libres relaciones amorosas. En este aspecto, la nueva organización que comienza a surgir gracias a las telecomunicaciones parece encarnar la posibilidad de una integración de las diferencias a una escala sin precedentes. Pero también existen en la actualidad aspectos homogeneizadores —el individuo entendido como «muestra estadística»—, que se transforman en el blanco del negocio de las telecomunicaciones, y que basa gran parte de su fuerza en este objetivo de igualar a los televidentes.

El apéndice que cierra el libro trata las posibles similitudes con el ya clásico de los años sesenta *Understanding the media: the extensions of Man* de Marshall MacLuhan. A primera vista parece que existe una clara cercanía entre la metáfora de telépolis y la de aldea global; la aldea global se ha convertido en otra de las expresiones de circulación corriente en la cultura de fin de siglo aunque en la mayoría de los casos su significado se reduzca a un concepto nebuloso. Pero en el caso que nos ocupa, en la comparación entre estas dos expresiones, es cierto que son detectables importantes diferencias. El enfoque de MacLuhan tiene todavía cierto atractivo (su facilidad para el «slogan» intelectual es innegable «el medio es el mensaje», «la aldea global», etc.), pero su análisis ha de ser corregido y ampliado, y en muchos sentidos opinamos que su enfoque ya no es correcto. Tiene, eso

sí, el indudable mérito de haber iniciado una senda en el conocimiento de la tecnología de gran importancia. Echeverría señala una serie de defectos visibles en el libro de MacLuhan, como es un claro determinismo tecnológico —los medios conforman la sociedad radicalmente, los dispositivos tecnológicos, televisión, prensa, radio— son los que definen el tejido social—, y que no se preste atención al efecto de retroalimentación entre sociedad y medios; la selección y modificación —desde muchos niveles, entre ellos el económico— de los medios por parte de la sociedad, es un punto de vista fundamental para obtener un análisis certero (En este sentido, Umberto Eco consideraba con muchísimo menos respeto a MacLuhan en su *Apocalípticos e Integrados* —Lumen, 1968— de lo que Echeverría muestra, y lo acusaba de practicar el «cogito interruptus» precisamente en su *Understanding the media*).

Críticas

En las últimas páginas del libro leemos que las tesis de este ensayo se declaran provisionales y que necesitan ser corregidas y mejoradas con el concurso y la interacción de los lectores (pp. 181-182). Una anotación complementaria aparece en páginas anteriores, al definir la tarea crítica como el «juicio razonado que sopesa las ventajas e inconvenientes, así como las alternativas y condiciones de posibilidad» (p. 130). Es nuestra intención cumplir, en la medida de lo posible, la propuesta lanzada por el autor, y considerar su obra como un «work in progress», que, dado su evidente interés, merece ser modificado y reactualizado en sucesivas ediciones. Aunque el resultado que ha conseguido Echeverría es ya interesante, sin embargo no está cerrado y merece la pena ampliarlo. Este es fundamentalmente el sentido y alcance que queremos dar a nuestras críticas.

La primera reflexión general la centraremos sobre la misma metáfora que estructura «telépolis». El hilo conductor del libro se encuentra justamente en la metáfora de la ciudad/polis como la nueva sociedad telecomunicada que ocuparía el planeta entero. La importancia de una metáfora de este tipo en esta clase de ensayos, una imagen que englobe de forma general el tema, tiene gran importancia, tal como señala, por ejemplo, Alvin Toffler en *La tercera ola*. El analista social americano opina que a través de esa imagen, el cambio social propiciado por la tecnología como una sucesión de olas (tres olas que asaltan sucesivamente la historia) se le hacía más claro el tema y que también emergían problemas y aspectos que en un principio no había tenido en cuenta. En definitiva, la metáfora ofrece un importante ingrediente de sugerencias al lector, permitiendo también que continúe añadiendo paralelismos a los que ha entresacado el autor. Pero hay que señalar que, si bien cumple su papel definitorio de la cuestión con brillantez, en esta metáfora continuada y detallada del capítulo primero encontramos, a nuestro juicio, ciertos aspectos limitados. Con ello aceptamos también el análisis de Toffler al respecto (pp. 15-16) en los que señala los límites de este recurso en el análisis social: la metáfora relata de forma parcial la cuestión y no agota todas las facetas sobre ella. Si bien la nueva polis como metáfora cumple su atractivo papel de aglutinar y encauzar el análisis, consideramos que en el desarrollo concreto hay aspectos que no quedan bien resueltos. Primeramente, la visión que ofrece Echeverría de la polis es un panorama estático, una descripción que no ahonda lo suficiente en el funcionamiento de esos grandes sistemas de telecomunicaciones que ya han sido implantados, con la vida cotidiana de las ciudades. Al ser una metáfora descriptiva y no funcional surge este problema. Así, cabe analizar, por ejemplo, cómo las redes informáticas están transformando la movilidad de los habitantes a pesar de la resistencia que éstos intentan presentar (la pérdida de posibilidades de una relación social directa, al estar obligado a trabajar en la propia casa). Otra cuestión que nos surge a la luz de esta consideración es

la articulación de la ciudad que comienza a emerger y la real, que no tiene un desarrollo específico en el texto, cuando lo merecería. Quizás lo que más se parezca en este momento a una manzana de *Telépolis* sea Silicon Valley, zona que está realizando el proceso de interconexión telemática más ambicioso de la actualidad. Con un consorcio de empresas informáticas (Joint Venture Silicon Valley), se pretende implantar redes que transmitan incluso imágenes y sonido. O incluso, la «Cyberville» (complejo de realidad virtual instalado en Las Vegas y dedicado al ocio) pueda parecerse también a una nueva manzana ultramoderna de diversiones. Sin embargo, lejos de esta situación aparecen problemas cruciales en el previsible orden que ha de llegar. Así, nacen diversos problemas bien agudos, como la reordenación del espacio urbano (abandono del centro y casco histórico por urbanizaciones adosadas) que origina nuevas categorías como el espacio «rururbano» y que, como consecuencia, transforma el hábitat ciudadano en un ámbito pseudorrural, y a su vez, transforma el campo en un ámbito pseudourbano. Sobre este mismo asunto ha reflexionado Oriol Bohigas (El País, 12-I-95), quien muestra una doble posibilidad futura para la ciudad física: o la diseminación en periferias depauperadas, ghettos y suburbios residenciales (como ocurre en la actualidad) o la atomización entre suburbios altamente comunicados; con lo que el concepto de ciudad desaparecería irremediabilmente sea cual sea la posibilidad tomada. Pero la telecomunicación no acaba con los barrios marginales o periferia, sino que los oculta. Por ello, el arquitecto catalán pide primero una reorganización física de las ciudades como requisito previo a la telecomunicación. En caso contrario esta utopía sólo esconderá una forma voraz de capitalismo. Cabe preguntarse también si la pérdida de la dialéctica ciudad-campo, que alude en el fondo a formas de vida diferentes como la urbana y la rural, supone la pérdida de un referente básico para entender precisamente la realidad urbana. De hecho, ¿cuál es el verdadero horizonte o meta de *Telépolis*? Una vez disuelta la relación campo-ciudad, se abre otra posible frontera, tal como imaginan los escritores de ciencia ficción, como Scott Card, donde la meta última es una *cosmópolis*, esto es, la comunicación total en cualquier parte del espacio que podamos pensar, incluido el espacio exterior. Entonces *telépolis* se convertiría sólo en un estadio previo, una etapa más, dentro de esa dinámica hacia la colonización de todo el espacio físico.

Otra limitación de esta metáfora surge al analizar la filiación cultural de la que procede; la cultura grecolatina. En un medio social nuevo en el que sería deseable abarcar tantas cuantas culturas diferentes sea posible, la metáfora de una nueva polis griega nos remite a nuestra cultura, a encontrar un paradigma de un futuro conformado desde una tradición muy específica. Existen diversos modelos metropolitanos, desde las ciudades árabes a las orientales, que, de alguna forma quedan relegados. Asimismo, esas culturas diferentes tal vez encuentren un fuerte requisito de uniformización, de pérdida de las propias características para poder acceder a esa nueva polis. Sin embargo, en el propio libro de Echeverría, hay argumentos que permiten defender la pertinencia de este modelo por encima de otros, tales como el valor característico que tiene, ya que está permitiendo la convivencia de muchas culturas diferentes, cosa que otros modelos urbanos no autorizan, o también la voluntad expresa de muchos individuos de esas diferentes culturas para acceder a la nueva polis. Este es un problema fundamental al que el autor dedica gran parte del análisis del tercer capítulo. Sin embargo hay voces fuertemente discrepantes al respecto. Algunos antropólogos, como Emmanuel Todd, opinan que el trasunto de la pluralidad cultural es una falacia, y que la introducción de modos de vida ajenos a esas culturas, por ejemplo, la influencia de una forma cultural concreta —el estilo de vida americano, del cual las telecomunicaciones son fundamentalmente su principal amplificador—, aniquila esas otras formas culturales. En otras palabras, mantienen la opinión de que nuestra cultura es en esencia homogeneizante y que las telecomunicaciones

sólo sirven para amplificar exponencialmente este hecho. Así se forma una inquietante contradicción estructural entre un poder homogeneizante y una pluralidad en peligro. Se han levantado voces en contra de la multiculturalidad, como las del crítico literario Harold Bloom, que la considera una forma muy mediocre y decadente de producción cultural, y que además hace perder lo característico de cada cultura. Como, además, la actual estructura económica exige su implantación, no hay manera de resguardarse de su retroceso.

Quizá en el futuro y previsible conflicto lingüístico es donde se hace más claro ese poder homogeneizador, ya que, por ejemplo, las redes informáticas requieren el uso del inglés mayoritariamente y otras lenguas encuentran verdaderas dificultades para poder usarse en ellas. Se podría argumentar incluso que los sistemas informáticos de las redes están pensados y diseñados precisamente bajo las características lingüísticas del inglés, lo que presentaría una barrera infranqueable para otras lenguas, cuya estructura sintáctica o semántica obedeciese a otros patrones lingüísticos. Por supuesto, esto exige aceptar que cada lengua es una forma de ver el mundo, y no sólo un soporte más o menos apto para transmitir información. Si damos por buena esta idea, entonces es difícil eludir una homogeneización cultural. En un grado mucho menor, pero que nos afecta más directamente, recordemos el caso de nuestra «ñ», que no tenía un fácil acomodo en las estrategias de venta de los teclados informáticos de ciertas compañías, y que exigieron una contramedida por parte de nuestros políticos. (Por lo visto eso no ocurría con la «beta» alemana, o con la multiplicidad de los acentos franceses, que suponemos igualmente fastidiosos para los fabricantes de teclados).

En este sentido, si bien es claro el componente netamente urbano de la sociedad telepolitana —no tendría sentido tal intensidad comunicacional en las culturas de carácter rural—, consideramos más apropiado hablar de una «sociedad virtual», ya que lo más sustantivo de este asunto es el nudo de relaciones que se establecen entre los diversos agentes sociales. La metáfora topológica parece que pierde parte de su sentido —reflejado precisamente en el prefijo «tele» (lejos) que conforma el título del libro de Echeverría. Los investigadores de realidad virtual como Michel Benedikt (*Cyberspace, first steps*) insisten precisamente en el abandono de la concepción espacial euclidiana —base para entender la disposición de las ciudades—, que ya no sirve para definir la existencia de una red «virtual» de interrelaciones, que viene conformada por esos diversos medios de comunicación como las redes, el teléfono, el correo electrónico («e-mail»), y demás. De hecho, en las páginas iniciales de *Telépolis* encontramos un razonamiento semejante, en el que se hace expresa renuncia a la concepción espacial clásica (p. 19). En consecuencia, podemos proponer entonces una alternativa por medio de la noción de red, que tiene la ventaja de una mayor abstracción y que, por tanto, no necesita de una imagen intuitiva para comprender su funcionamiento.

La televisión es el medio de comunicación de masas que se analiza con más detalle en el libro. De tal modo y manera que Echeverría le asigna un papel central en la metáfora telepolita y lo describe como el nuevo ágora, el centro de reunión de los ciudadanos. A diferencia del ágora clásica, la moderna establece sólo una dirección de la comunicación, de arriba a abajo, de quien controla los medios hacia quien los recibe. La crítica a la televisión es ya clásica dentro de los análisis de los medios de comunicación, baste recordar los numerosos estudios de todo tipo —sociológicos, psicológicos, comunicacionales, sobre efectos positivos y negativos, reorientaciones... que se han realizado ya. Incluso ha servido como elemento crucial para célebres distopías como *1984* de Orwell o *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury. Un punto débil en el análisis es que otros medios de intercambio de información, como los multimedia, o sistemas integrados (que

unen ordenador, terminal de red, fax, teléfono y televisión) parecen ser los probables herederos del reinado de la televisión, con lo que envejecería parcialmente el interés del estudio.

La sugerencia que implica la distopía orwelliana o bradburyana todavía está presente en los diversos análisis sobre la sociedad venidera, aunque parece haber al mismo tiempo, cierto acuerdo en cuanto a la limitación de su aplicabilidad. Merece la pena recordar que Orwell imagina una televisión interactiva, no la tradicional «caja tonta» unidireccional, troqueladora de mentalidades, con lo que, desesperanzadoramente, cierra cualquier camino a la salvación de la T.V. por medio de la interactividad (argumento empleado con frecuencia para proponer un uso apropiado y «respetable» de la T.V.). Cosas parecidas se pueden decir de la televisión interactiva de Ray Bradbury que aparece en *Fahrenheit 451*, o en su relato *La Pradera*. En cualquier caso, como bien señala Echeverría, los actuales dispositivos de televisión, incluido los transmisores remotos, tienen poco que ver con una televisión activa, pero llevado a su extremo, una televisión realmente participativa deja de ser televisión (se convierte en videoconferencia, en correo electrónico con imagen y sonido, o multimedia, pero deja de ser televisión). También hay que señalar que es necesaria una evolución en las críticas, pues es un hecho que dicha evolución es evidente. Siendo claramente una pieza importante entre los medios de comunicación de masas actuales, ya no resulta tan claro colocarla como la protagonista de la cuestión. Otros dispositivos integrados en ella como las cámaras de vídeo y los magnetoscopios, los mandos a distancia (que provocan el fenómeno del «zapping»), servicios complementarios como el teletexto, hacen que las críticas antiguas hayan perdido gran parte de su vigencia. En el libro, estos nuevos dispositivos, que han cambiado la práctica del telespectador no tienen un tratamiento específico, aunque sí aparecen mencionados en diversos capítulos.

Básicamente, el principal problema o defecto imputable a la televisión es la pasividad que impone a sus usuarios (cosa que en mayor o menor medida también es imputable a otros medios). El medio emite y el espectador recibe pasivamente, siendo además una emisión de arriba a abajo (esto es, unidireccional con pocas excepciones). De ahí que se llega a esa conclusión tan peligrosa de que algo sólo existe si aparece en televisión. Así, las manifestaciones, atentados, proclamas políticas se realizan sobre todo de cara a ese escenario que crea la televisión. Un atentado sin ningún tipo de soporte mediático pierde todo valor, pues su intención consiste en «refutar» el orden social existente de forma masiva. Cosas parecidas se podrían afirmar de las declaraciones políticas, o el anuncio de medidas gubernamentales. Este interrogante, y la posibilidad de «silenciar» tácitamente los atentados terroristas ha estado presente en numerosas ocasiones. Pero cabría formular una réplica a esto, formulada del siguiente modo: ¿cómo sabes que hay algo así como lo que no ha existido si no ha salido en televisión? Ésta es la otra cara de la moneda, que realmente funciona en la vida cotidiana: el conocimiento exclusivo de información, una información en principio más precisa y valiosa, incluso no recogida de ninguna manera por los medios, y que se comparte en pequeños y numerosos círculos, pero en los que, en uno o en otro, participamos la mayoría. Entramos así en una paradoja, pues sabemos de lo no-existente en los medios (que por su parte existe, bien porque somos testigos de ello, bien porque tenemos acceso a otro tipo de canales), que precisamente son los que certifican la existencia de lo real.

A estas alturas, resulta patente que la televisión no ha acabado con la cultura alfabética y que, con mayor o menor fortuna, el papel de difusora de las noticias lo ha de compartir con la prensa tradicional, junto a otros medios. Justamente, este último punto merecería un tratamiento más detallado en el libro de Echeverría: cómo conviven estos dos medios de comunicación y qué papel les toca a cada uno de ellos. Si en la metáfora de la ciudad la televisión prácticamente monopoliza

el ágora ¿qué jerarquía ocupa la prensa escrita? Asimismo cabe destacar la paulatina transformación de la prensa escrita en un híbrido con ordenadores y televisores, como el teletexto, o los diarios enviados a través de redes informáticas, que se proponen como los medios más importantes en un futuro a medio plazo. En este sentido, resulta muy interesante la orientación que están tomando gran número de revistas académicas, que optan por soportes electrónicos a fin de abaratar y agilizar la transmisión masiva de información. Ello lleva a preguntar no por la supervivencia de la cultura alfabética, sino por la de la letra impresa, que se pueda convertir finalmente en una letra «electrónica».

El fenómeno del «zapping», que tanto éxito a tenido en nuestro país, refleja esa evolución de los modos de comportamiento de la televisión, y la necesidad de los dueños de los medios de cambiar las estrategias de las emisiones ante la pérdida de valor de los espacios publicitarios. La noción de «telesegundo» —resultado económico del «teletrabajo» de los espectadores— que propone Echeverría es evidente y no es posible objetar nada, y, justamente la dispersión de ese «trabajo añadido» al saltar de canal en canal, supone la pérdida de la atención-valor de cada telespectador, y, por consiguiente, ha supuesto una importante mella a las posibilidades generadoras de capital por medio de la publicidad televisada. Y ha habido proyectos para sincronizar las emisiones publicitarias de todos los canales disponibles, para atrapar al telespectador en un callejón sin salida, con todos los esfuerzos y costes que tal coordinación exige. Podríamos alegar que el fenómeno del «zapping», de alguna manera representa el resultado de una acción colectiva de los telespectadores y así nos encontraríamos con un caso en el que la acción civil ha hecho cambiar los planteamientos comerciales de las corporaciones mediáticas. Pero, en cualquier caso, la estrategia se cambia —por ejemplo introduciendo los anuncios dentro de los propios programas como sus patrocinadores—, y podría llegar a ocurrir que finalmente no existiera un corte neto entre programa y bloques publicitarios, sino más bien un continuo publicitario-programación. Sospechamos que estos cambios son sólo superficiales, del mismo modo que las presiones bienintencionadas de diversas organizaciones —de consumidores, de los derechos de la infancia, incluso de las comisiones senatoriales—, quedan más bien en nada, y las modificaciones son sólo puntuales. Lejos estamos de una verdadera organización ciudadana que exija una mayor participación en los medios, y asimismo lejos de la posibilidad apuntada en el libro de una huelga de televidentes que exija cambios inmediatos en la gestión televisiva. Hipotéticamente, para ello sería necesaria la plena consciencia de una mayoría de los televidentes de su actividad de trabajo —cosa que a pesar de su evidencia resulta todavía difícil de transmitir—, pero la primera demanda sería la de una compensación económica, paso previo a la huelga, con lo que la televisión dejaría, simple y llanamente, de existir.

En otro orden de cosas, echamos en falta una teorización más profunda de algunas nuevas tecnologías, como el correo electrónico de Internet (pp. 58-60), o la realidad virtual y los efectos que puede causar en el futuro. Por ejemplo, casos como la transmisión por medio de la red de la denuncia del fallo del chip «pentium», desarrollado por Intel, que ha provocado pérdidas importantes a esta compañía —estimadas en 63.000 millones de pesetas—, y que mereció la atención de los directivos de la empresa, indican una cierta flexibilización y relativa libertad de las informaciones por medio de las redes. Pero, por contra, el deseo expreso por parte de gobiernos, como el norteamericano (su principal promotor), o de empresas, de controlar las redes —en muy diferentes formas, como la retirada de las subvenciones y la privatización del servicio, o la instalación de controladores por medio de «chips»— quizás auguren la aparición de futuros conflictos. También queda por saber la capacidad integradora de las redes, cuya distribución no es en absoluto homogénea —los «suburbios» que se mencionan en el libro, y que pueden quedar definitivamente descabal-

gados en el futuro. Al Gore construyó un perfecto solecismo al respecto, pues según él, las redes no eran el resultado de las sociedades avanzadas, sino que, por contra, la implementación de redes sería lo que permitiría una sociedad avanzada. Suburbio no es exactamente equivalente a «arrabal», y en este caso es necesario incluir este término, pues las sociedades tercermundistas, lo que Wagar llama la periferia, se verán cada vez más descabalgadas del progreso en las telecomunicaciones, aumentando también la distancia entre países pobres y ricos. Al hilo de esta reflexión hay que entender la sorprendente propuesta del nuevo presidente republicano del congreso Newt Gingrich, quien pidió en su día que se regalaran ordenadores portátiles a los pobres de Norteamérica. Calificada de tontería, recibió sin embargo el prestigioso apoyo de Nicholas Negroponte, nada más ni menos que el fundador del laboratorio de Medios de la Massachusetts Institute of Technology. Esta medida supone una forma de paliar la aguda división entre conectados y no conectados a las telecomunicaciones, junto a las posibilidades de mayor desarrollo del potencial inventivo.

La realidad virtual se ha convertido en el horizonte último de las comunicaciones, con una espectacular inversión en investigación. Tanto si finalmente se consigue un sistema tan versátil y ambicioso como el que se propone como si queda en un «interface» más, esta tecnología ha originado toda una forma de pensar el desarrollo informático, que tiene un indudable influjo en la concepción de esta tecnología. La conexión entre redes y lo virtual ha quedado patente en los artículos del novelista de ciencia ficción Bruce Sterling, cuyo consejo es requerido por las grandes multinacionales del ramo (de ahí su novela *Islas en la red*, y que posteriormente le permitiría abrir un congreso norteamericano dedicado al ramo de las telecomunicaciones). De alguna manera es posible traducir el concepto de «telepresencia» de fácil acomodo en *Telépolis* como forma de acceder a la presencia virtual, propuesta por Sterling. Este es otro concepto que merece la pena desarrollar. Existen de hecho, y son comprobables en nuestra existencia cotidiana, fenómenos virtuales, tales como las tarjetas de crédito, las conferencias telefónicas o simplemente un talón (representación de una cantidad de dinero que funciona como si fuera dinero real). Todos estos elementos conforman una parte virtual de la sociedad. La cuestión que se propone entonces es si esa parte virtual de la sociedad va a alcanzar tal grado que se convierta la sociedad misma en una «sociedad virtual».

Encontramos también una serie de cuestiones menores que, a nuestro parecer, no están bien resueltas. De este modo, la descripción del hogar telepolitano gestionado por un robot, (p. 47) obedece a una imaginería tecnológica un tanto caduca, pues la punta de lanza de estos entornos domésticos lo constituyen los edificios o casas «inteligentes» —que ha creado una disciplina nueva, la domótica, donde todo el hogar y sus componentes están pensados de forma integrada, con dispositivos repartidos y gestionados por un ordenador. Del mismo modo, podríamos comentar de la afirmación sobre la ciencia ficción como género literario preferido. Este lo será en tanto en cuanto la tecnología telecomunicacional vaya por detrás de la imaginación de los lectores. Pero imaginemos por ejemplo una sociedad «cyberpunk», tal como la piensa William Gibson en sus novelas, y que tiene algunas posibilidades de producirse; entonces sus novelas serían innecesarias. La imaginería de ciencia ficción sobre estos temas se convertiría en redundante, y no es casual que asistamos a la aparición de otros géneros, como el «fantasy», en Estados Unidos —género que se decanta sobre todo por la época medieval—, pues, en parte, determinada ciencia ficción ha quedado obsoleta. Añadiremos también que existe un cierto posicionamiento cínico —que no irónico— de algunas aportaciones de Félix de Azúa en ciertas notas de pie de página. Opinamos que este tono, a diferencia de la ironía de Echeverría, no es demasiado apto para interpretar el tema, pues queda en mera ingeniosidad estéril.

Aportaciones

Vamos a centrarnos en tres aportaciones generales del libro, como son la cuestión de la economía de *Telépolis*, la crítica a esa sociedad futura, y la teoría del nombre propio. Estas dos constituyen dos nervios centrales del ensayo. El análisis de la economía telepolitana es uno de los elementos más importantes e interesantes del libro. Seguramente lo paradójico de la cuestión en algunos aspectos cause más de alguna sorpresa e incluso confusiones o malentendidos. Este es el caso de Ramón Zallo, que en una reseña señala a Dallas Smythies como impulsor de una teoría similar a la de Echeverría. Su crítica se centra en que el valor de la mercancía viene dado por la producción o en la creación, mientras que la parte inmaterial —promoción y venta—, no tiene la misma importancia (a pesar de que suponga una inversión masiva y cada vez mayor de recursos). Señala una sofisticación innecesaria en este análisis de Echeverría, pero lo cierto es que existen los «ratings» de audiencia, y que éstos marcan el valor de los anuncios televisados, y que justamente la fidelidad de la audiencia es el criterio básico que las televisiones emplean para exigir a los anunciantes el dinero por aparecer en sus canales. Un deportista que atrae espectacularmente a las masas, que tiene un club de seguidores tenaz junto a un amplio público que sigue sus competiciones, también supone un valor económico fundamentado no en él o en los promotores sino en el esfuerzo y fidelidad de sus seguidores en que convierten parte de su ocio en «trabajo» de promoción. Este es un hecho indiscutible, y pensarlo de otra manera sí es sofisticar el análisis de la cuestión. A. García Calvo podría ser una de las fuentes de este análisis, con su continua crítica al Capital y el Estado, los cuales instrumentalizan a los individuos, obligándoles a trabajar de modos insospechados (como en el mal llamado «ocio» de las sociedades industriales). De este modo, el principio que aparece en la página 66 podría muy bien acomodarse a estas ideas de A. García Calvo. Si bien éste puede ser un precedente, el detallado análisis de Echeverría sobre la relación económica entre televidentes y «ociotrabajadores» con las diferentes industrias (el turismo y los medios de comunicación de masas) es digno de destacar. Por otro lado hay que anotar que su análisis introduce cierta ambigüedad pues la noción de «teletrabajo» —el trabajo realizado directamente desde el hogar a través de una terminal de ordenador conectada telefónicamente—, se ha convertido en un término de uso corriente en determinadas prognosis. Ello puede llevar a una confusión terminológica con otros trabajos.

Quizá en la crítica a *Telépolis* se encuentre la parte del libro que puede causar más insatisfacciones y suspicacias. No se propone una teoría política clara y la crítica no descansa en una ideología fácilmente identificable. Pero ésta es una buena cualidad, que evita el envejecimiento prematuro de sus análisis. Por otro lado no se consigue un modelo nítido, una visión definida del futuro, pero esta circunstancia también evita correr demasiados riesgos, dada la impredecibilidad del futuro (W. Warren Wagar escribía sobre un futuro en el que los dos bloques antiguos —capitalista y comunista— desembocaran en una guerra nuclear, justo en 1989 año de la caída del muro). Resulta plausible, sin embargo, pensar en la reproducción de determinados esquemas como el de clase social, que esta vez lo marcaría la posesión de la información. Quizá la prognosis (el carácter proyectivo que señala Zallo) cause insatisfacción, pero permite una mejor orientación del tema, con una practicidad más inmediata. En el dilema entre una distopía o una utopía futura de *Telépolis*, los análisis iniciales parecen más cercanos a considerarla como distopía, aunque en las conclusiones parece acercarse más a una futura utopía. Ahí debe entrar en juego el criterio de cada cual. También hay que añadir que si seguimos la clasificación de Toffler, el autor entra dentro de la categoría de «tecnorrebelde», los cuales, en opinión del autor americano, realizan un provechoso trabajo, asimilable socialmente,

pues sus críticas sirven de orientación. En una reseña crítica de Eduard Ibáñez (*El viejo topo*, diciembre 1994), se señala la paradoja de planear un futuro con conceptos del presente, e incluso se afirma cierto conservadurismo en ello, más precisamente señala el peligro de realizar una crítica desde posiciones burguesas ilustradas que cierra precisamente toda iniciativa al darla por concluida en la anticipación. Cabe preguntarse si hay otra forma de imaginar el futuro que no sea con los conceptos presentes, y a renglón seguido cabe preguntarse si es posible considerar toda interrogación sobre el futuro como superflua. Nosotros consideramos que no.

Otra importante aportación del libro es el esbozo de una teoría de «nombres propios»-«números propios», que pertenece a una concepción filosófica más amplia. Echeverría ha trabajado anteriormente y con amplitud este tema, y lo ha insertado en *Telépolis*. En sí la cuestión de los nombres propios es de sumo interés, pues alude a cuestiones como la comprensión de la identidad propia, la conexión con lo social, su relación con el cuerpo y consiguientemente con la mortalidad e inmortalidad, etc. —un amplio nudo de problemas de indudable carácter filosófico. Además, tiene una clara aplicación en la materia que se trata; telépolis se caracteriza, entre otras cosas, por generar su propio sistema de «nombres propios», transformado en un código de «números propios». Al respecto, la propuesta de una criptografía de clave pública se revela como extraordinariamente interesante, pues permitiría un auténtico método para evitar las intrusiones ajenas y sobre todo las provenientes del estado. La relevancia de esta idea se pone de manifiesto por ejemplo, a la luz de noticias tales como el proyecto del gobierno norteamericano de implantar un «chip» en todo ordenador conectado a Internet, que le permitiese escrutar sin trabas de ningún tipo su contenido. La utilidad de un sistema de protección individual es entonces una necesidad básica para la defensa de los derechos civiles.

Sugerencias y valoración final

Deseamos y esperamos nuevas ediciones y ampliaciones de este libro, y en ese sentido, nos atrevemos a presentar una serie de sugerencias que tal vez puedan resultar interesantes para el autor. Entre otras, creemos que el libro necesitaría periódicas actualizaciones, marcadas por el flujo cambiante de los acontecimientos, a fin de aumentar el análisis. Una realidad tan mudable y todavía tan impredecible como ésta requiere un seguimiento que clarifique el rumbo que están tomando las cosas. Nos gustaría que el libro dispusiese de diagramas que esquematicen el flujo de circulación de *Telépolis*, haciendo visible su dinámica. Finalmente sería interesante realizar, del mismo modo que en otros ensayos de la misma materia, un glosario de términos «telepoliticos» como los mencionados en esta crítica: «telesegundo», «telefamilia», «telemercancía», «telecuerpo», «telepresencia», «nombre-numero propio», son algunos de ellos que forman ya todo un repertorio de términos y conceptos de análisis válidos para otros trabajos. En cierto modo ya ha aparecido algo similar en algún artículo sobre el libro (*El País* 23-IV-1994). (Sugeriríamos también no incluir el término «telecurrante», por ser demasiado coloquial, y de difícil comprensión en el ámbito internacional.)

Como valoración final, hemos de concluir que *Telépolis* es un ensayo claro e inteligente, y como propuesta de ciudad es una ciudad abierta y que incita a la reflexión (como se puede ver por el número de críticas que ha suscitado), con lo que su papel está cumplido sobradamente. Más detalladamente, hay que añadir que abre el panorama en nuestro país a una temática práctica e inquietantemente desconocida, cuya urgencia y necesidad se hace sentir con la evolución de los acontecimientos. La tardanza en su aparición debiera despertar las dudas de los que se creen ciudadanos de un país desarrollado. Se trata del primer libro en nuestra lengua de tales caracterís-

ticas, que además cumple perfectamente su papel de introducir un debate insoslayable, con lo que tiene aún más mérito. En comparación con otros ensayos extranjeros, y hasta donde alcanza nuestro conocimiento de la materia, las dos aportaciones que hemos señalado no se encuentran recogidas, por lo que han de añadirse también a ese ámbito internacional (como curiosidad hemos de señalar la aparición posterior de un ensayo de Neil Postman titulado *Tecnópolis* Ed. Círculo de Lectores, col. Galaxia Gutenberg). Y desearíamos que la sugerencia final del libro —participar activamente en la orientación de la emergente *Telépolis*—, no caiga en saco roto y pueda existir a la larga una colección de artículos, en forma de libro, que someta a debate la propuesta de Echeverría y la complementen en todas las direcciones posibles.

Marzo 1995